



Il Giornale

10 de febrero de 2008

Yo, Dante y Jesucristo

Mauricio Caverzan

El nuevo Benigni es inteligencia más inocencia. Es alegría más humildad. ¿Cómo se hace para poner sobre el papel esta mezcla, este amasijo explosivo? Más fácil traer a la memoria como lo hemos visto en estas semanas en el Tuttodante televisivo, cuando irrumpe palpitante sobre el palco de Plaza Santa Maria Novella en Florencia escoltado por las notas de la sigla que anuncia sus apariciones. Y más fácil detenerse sobre la pasión que desborda de su lectura de la Comedia.

Mañana por la tarde lo veremos otra vez en la Rai uno con el XXVI del infierno y luego el miércoles, a primera hora de la noche con el XXXIII, el canto del Conde Ugolino. Pura locura para nuestra tv. Si un marciano precipitara en Italia y mirara los pasatiempos, los reality y los videojuegos, dando con el Benigni dantesco empapado de poesía, amor y espiritualidad, encontraría en él a un compañero. El Benigni que desvela y declama la condena de los lujuriosos Paolo y Francesca “criminal fue el libro y quién lo escribió”, del herético Farinata de los Uberti que “él se yergue con el pecho y con la frente / como si tuviera el infierno a gran despecho”, del Conde Ugolino, traidor de su Pisa que “la boca levantó de la orgullosa comida”, es un marciano de este tv, un extraño, un extraterrestre no sólo por el atrevimiento del cimiento -la Divina comedia- o por el contexto que ha elegido -la vulgarísima televisión- sino también por el sentido del acontecimiento contenido en lo que hace y dice el mismo Benigni.

Por ejemplo: esta entrevista -nada de política es la condición que puso- habría tenido que desarrollarse vía correo electrónico, pero luego él ha preferido que habláramos “porque espero que la voz, el tono, el sonido de la palabra, transmitan algo más que un texto escrito, tal vez muy preciso, pero al fin y al cabo estático”.

Así es el nuevo Benigni: cuando se mueve hace suceder algo y él mismo desea que suceda. Porque, antes de nada, debe suceder algo en él, si es verdad que desde

hace algún tiempo se muestra más sensible, más atento a los temas de la espiritualidad y el cristianismo. Nada de flamante se piensa. En cambio, desde los tiempos del último del Paraíso – “Virgen madre, hija de tu hijo, humilde alta y más que toda criatura” - recitado en el Festival de San Remo, corría el 2002, algo debe haber ocurrido...

“Aquella - me espeta enseguida torrencialmente - ha sido la cosa más vertiginosa, más loca: Dante al Festival de San Remo. Es el lugar que lo transforma, que lo hace estallar. Dante estalla en un sitio así, que parece su contrario. Tenía un miedo... Pero cuando tengo miedo de una situación, me vienen ganas de arrojarme, de ir allí dentro. Como cuando he hecho “La vida es bella”, o la película sobre la mafia, o sobre el órgano sexual femenino. Ir a buscar el riesgo, los puestos desconocidos, las zonas peligrosas es la misión de los cómicos”.

Los especialistas tuercen la nariz por la exégesis lingüística de Benigni. No es rigurosa, no es ortodoxa, dicen. “Hay muchos modos de leer a Dante. Hay aquel adolescencial, de la identificación. Hay aquel juvenil, de la búsqueda de los mensajes, cuando cada uno de nosotros quiere encontrar el camino para convertirse en adulto. A mí la Comedia me ha entrado dentro desde chico. Primero la leí como él que va a la farmacia, me curaba de todos los males. Luego he aprendido a escucharla con inocencia, que para mí es el modo justo, cuando la escuché de los campesinos, de los viejos de mi casa. Y he descubierto que Dante te hace sentir que estás sólo tú, te explica todos los detalles, como en una confidencia personal. Cuando me preguntan si todavía es moderno es como si me preguntaran si es moderno el sol, el agua. Yo quiero sólo transmitir el hecho que me gusta, que me da alegría”.

También transmite una densidad espiritual inesperada... “Dante nos hace entrar en aquello que sólo la inteligencia es capaz de buscar pero que, por sí sola, no es

capaz de encontrar. Su fuerza es ser profundamente laico. No tiene actitudes atocinadas, como diría él, de falsos devotos. Es religioso sin ser nunca clerical, beato. No se dirige a Dios, a la Virgen, a los santos. Se dirige a las Musas, a Apolo. Su universo es la poesía. Se puede leer la Divina comedia sin creer en Dios, pero no sin conocer el cristianismo. Aparte que toda nuestra civilización es cristiana sin saberlo -y el sin saberlo es quizás la cosa más bella- se ve en cada cosa que hacemos... La poesía nos ayuda a hacer una experiencia irreplicable de libertad, es ficción y ritmo, pero nos ayuda a emprender un gran viaje a la búsqueda de una mirada. Aquella mirada que sólo las mujeres poseen, y que nos introduce en el punto más oculto del mundo”.

En las *lectio Dantis*, Benigni a menudo pasa de la Comedia al Evangelio, se detiene a explicar las parábolas, muestra padecer el atractivo por la persona de Jesús Cristo... "¿Cómo se hace a no quedar fascinados por la figura de Jesucristo? Se lee el Evangelio y se pregunta "¿Quién es éste?" Yo lo leo por placer - también leo otros libros de la Biblia como el de la Sabiduría - pero quedo destrozado por el Evangelio, basta un renglón de las parábolas. Tiene una fuerza espectacular, viene el levantarse de pie sobre la silla... Hay dentro una violencia que te da alas. Una fuerza que te transforma toda la vida. Porque te dice que siempre puedes recomenzar de nuevo. Te pone en la condición de hacer dentro cada uno la revolución de ti mismo. Antes que Jesús llegara la relación con Dios era un hecho de dolor y él se lo ha cargado todo sobre sí. Para mí es una cosa desconcertante" se entusiasma Benigni. Que luego frena, como pensando en alta voz: "... aunque si no son siempre de mi opinión... Lo digo para desdramatizar, para relativizar, para tomarlo a la ligera".

Será, Benigni, pero Usted hoy parece otro... A diferencia de otros artistas en boga, tiene una posición más constructiva... "Como decía Vauvenargues, en realidad son pocas las cosas que nos consuelan porque son pocas las que nos afligen. Yo hago el cómico y también los cómicos cambian. Las cosas cómicas, las tonterías,

son sublimes. La felicidad no está en la ausencia de contrastes, sino en la armonía de los contrastes. Es esta armonía la que ha de ser constructiva. Si uno viera lo que fui hace veinte años no me reconocería. Ciertos hombres son como las montañas: cuanto más se elevan, más se vuelven fríos. Yo doy gracias a Dios porque hay cómicos que nos recuerdan siempre que somos pequeños”.

Benigni ha usado la palabra de las palabras: felicidad. Pero cuando le pregunto qué es para él, se retrae. "No se lo diría nunca. Los cómicos siempre tienen un rostro triste. Pero, como dijo Stanislavskij, para transmitir felicidad hace falta ser felicidad. Qué es para mí no se lo diré nunca. A lo máximo -prosigue- si un día nos encontramos, puedo hacérsela ver". De la felicidad no se habla. Si acaso, se encuentra.



El actor y director italiano R.B. nació en 1952 en una familia de granjeros de la Toscana y está casado con la actriz Nicoletta Braschi, protagonista femenina de varias de las películas que componen su filmografía, como La vida es bella (1997) y El tigre y la nieve (2006).

Con la primera fue galardonado con el doctorado honoris causa en filología romanza por la Universidad de Florencia.

Dirige e interpreta la mayoría de sus películas. Sus dotes interpretativas, más que demostradas en su oscarizada La vida es bella se pueden ver en su espectáculo Tutto Dante.

Los que han estado en una de estas funciones dicen que es capaz de recitar entera y de memoria esta obra.